



Mary OLIVER, «Mi amigo Walt Whitman»

Mary OLIVER, «My friend Walt Whitman»

Traducido por Manuel Barrós

Pontificia Universidad Católica de Perú

Dirección de correo electrónico: mfbarroso@gmail.com

ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-2176-6059>

Recibido: 20/3/2020. Aceptado: 15/9/2020.

Cómo citar: Oliver, Mary, «Mi amigo Walt Whitman», trad. Manuel Barrós, *Hermēneus. Revista de Traducción e Interpretación*, 24 (2022), pp. 595-599.

DOI: <https://doi.org/10.24197/her.24.2022.595-599>

INTRODUCCIÓN

Mary Oliver (1935-2019) es una de las poetas contemporáneas más leídas de Estados Unidos. Tras ganar el Premio Pulitzer de poesía en 1984 por *American Primitive* y el National Book Award en 1992 por *New and Selected poems*, alcanzó mayor presencia editorial, teniendo en la actualidad algunos poemarios traducidos al español. Sin embargo, su obra en prosa aún está inédita en esta lengua. Siendo fundamentalmente una poeta, su estilo sensitivo y diáfano también se manifestó en la prosa poética presente en libros híbridos como *Blue Iris* (2004), *The Truro Bear and Other Adventures* (2008), *Swan* (2010) o *A Thousand Mornings* (2012). Entre otras, estas obras redefinen las nociones academicistas y esquemáticas de la prosa para dar a conocer una visión del ensayo personal entendido en su cariz más emotivo, confesional, casi de destripamiento. De ahí que, en sus libros de solo prosa,¹ Oliver también tenga un tono muchas veces delicado y crepitante. Ejemplo de ello son: *Blue Pastures* (1995), *Winter Hours* (1999) o *Upstream* (2016).

Para Oliver, el ensayo fue más que un ejercicio estético; también fue la realización de una poética más allá de lo expositivo. Sea que la autora misma denomine algunas prosas como ensayos y/o prosas poéticas, lo que trasciende es la ocasión de cada texto. Por eso mismo, el ensayo aquí traducido transparenta cada uno de los rasgos antes comentados. «My friend Walt Whitman» forma parte de *Upstream* (2016), volumen de ensayos que complejizan las distintas aristas de la escritura de su autora. El texto recrea parte de la relación de lectora

¹ No estoy considerando *A Poetry Handbook* (1984) ya que este es un libro principalmente de difusión.

de Oliver con Whitman, uno de los poetas más importantes de la lengua inglesa, y también documenta lo que ella valoró de él: «Aprendí que el poema fue hecho no solo para existir, sino para hablar, para ser compañía». Lo que evidencian las palabras de Oliver también pueden interpelar el camino mismo de su escritura: sus temáticas, sus obsesiones y, en especial, su vitalidad textual como autora a lo largo de los varios libros que publicó en vida. Dicho esto, el ensayo aquí traducido es un signo de lectura para volver con un poco más de atención a la poesía toda de Mary Oliver.

«MY FRIEND WALT WHITMAN»

In Ohio, in the 1950s, I had a few friends who kept me sane, alert, and loyal to my own best and wildest inclinations. My town was no more or less congenial to the fact of poetry than any other small town in America—I make no special case of a solitary childhood. Estrangement from the mainstream of that time and place was an unavoidable precondition, no doubt, to the life I was choosing from among all the lives possible to me.

I never met any of my friends, of course, in a usual way—they were strangers, and lived only in their writings. But if they were only shadow-companions, still they were constant, and powerful, and amazing. That is, they said amazing things, and for me it changed the world.

*This hour I tell things in confidence,
I might not tell everybody but I will tell you.*

Whitman was the brother I did not have. I did have an uncle, whom I loved, but he killed himself one rainy fall day; Whitman remained, perhaps more avuncular for the loss of the other. He was the gypsy boy my sister and I went off with into the far fields beyond the town, with our pony, to gather strawberries. The boy from Romania moved away; Whitman shone on in the twilight of my room, which was growing busy with books, and notebooks, and muddy boots, and my grandfather's old Underwood typewriter.

*My voice goes after what my eyes cannot reach,
With the twirl of my tongue I encompass worlds and volumes of worlds.*

When the high school I went to experienced a crisis of delinquent student behavior, my response was to start out for school every morning but to turn most mornings into the woods instead, with a knapsack of books. Always Whitman's was among them. My truancy was extreme, and my parents were warned that I might not graduate. For whatever reason, they let me continue to go my own way. It was an odd blessing, but a blessing all the same. Down by

the creek, or in the wide pastures I could still find on the other side of the deep woods, I spent my time with my friend: my brother, my uncle, my best teacher.

*The moth and the fisheggs are in their place,
The suns I see and the suns I cannot see are in their place,
The palpable is in its place and the impalpable is in its place.*

Thus Whitman's poems stood before me like a model of delivery when I began to write poems myself: I mean the oceanic power and rumble that travels through a Whitman poem—the incantatory syntax, the boundless affirmation. In those years, truth was elusive—as was my own faith that I could recognize and contain it. Whitman kept me from the swamps of a worse uncertainty, and I lived many hours within the lit circle of his certainty, and his bravado. *Unscrew the locks from the doors! Unscrew the doors themselves from their jambs!* And there was the passion which he invested in the poems. The metaphysical curiosity! The oracular tenderness with which he viewed the world—its roughness, its differences, the stars, the spider—nothing was outside the range of his interest. I reveled in the specificity of his words. And his faith—that kept my spirit buoyant surely, though his faith was without a name that I ever heard of. *Do you guess I have some intricate purpose? Well I have... for the April rain has, and the mica on the side of a rock has.*

But first and foremost, I learned from Whitman that the poem is a temple—or a green field—a place to enter, and in which to feel. Only in a secondary way is it an intellectual thing—an artifact, a moment of seemingly and robust wordiness—wonderful as that part of it is. I learned that the poem was made not just to exist, but to speak—to be company. It was everything that was needed, when everything was needed. I remember the delicate, rumpled way into the woods, and the weight of the books in my pack. I remember the rambling, and the loafing—the wonderful days when, with Whitman, *I tucked my trowser-ends in my boots and went and had a good time.*

«MI AMIGO WALT WHITMAN»

En Ohio, en la década de 1950, tenía algunos amigos que me mantenían cuerda, alerta y leal a mis propias, mejores y más salvajes inclinaciones. Mi ciudad era no más o menos agradable al hecho poético que cualquier otro pequeño pueblo en EE. UU. No soy ningún caso especial de infancia solitaria. Alejarme de lo convencional de ese tiempo y lugar fue una condición previa inevitable, sin duda, para la vida que estaba eligiendo entre todas las vidas posibles para mí.

Desde luego, nunca conocí a ninguno de mis amigos de una manera común: eran extraños y vivían solo en sus escritos. Pero si ellos fueron solo compañeros de las sombras, aun así, fueron constantes, y poderosos, y asombrosos. Esto es, ellos dijeron cosas asombrosas, y para mí cambió el mundo.

*Es hora de confiarte estas cosas,
No se las diría a cualquiera, pero a ti te las confío.*

Whitman fue el hermano que nunca tuve. Tenía un tío, a quien quería, pero se suicidó un día lluvioso de otoño. Whitman permaneció, quizá más como mi tío por la pérdida del otro. Él era el niño gitano con el que mi hermana y yo salíamos a los campos lejanos más allá de la ciudad, con nuestro poni, para recoger fresas. El chico de Rumania se mudó; Whitman brillaba en el crepúsculo de mi habitación, que estaba cada vez más llena de libros, cuadernos, botas de barro y la vieja máquina de escribir Underwood de mi abuelo.

*Mi voz persigue lo que mis ojos no pueden alcanzar,
Con el giro de mi lengua comprendo mundos y volúmenes de mundos.*

Cuando la escuela secundaria en la que estudié tuvo una crisis de comportamiento delictivo de los estudiantes, mi respuesta fue comenzar a asistir todas las mañanas, pero cambiando la mayoría de ellas por el bosque y con una mochila de libros. Whitman siempre estuvo entre ellos. Mi ausentismo escolar fue extremo, y mis padres fueron advertidos de que no podría graduarme. Por alguna razón, me dejaron seguir mi propio camino. Fue una extraña bendición, pero una bendición, al fin y al cabo. Abajo, junto al arroyo, o en los amplios pastos que todavía podía encontrar al otro lado del bosque profundo, pasaba el tiempo con mi amigo: mi hermano, mi tío, mi mejor maestro.

*La polilla y los huevos del pez están en su sitio,
Los soles que veo y los soles que no veo están en su sitio,
Lo palpable está en su sitio y lo impalpable también.*

Así, los poemas de Whitman se presentaron ante mí como un modelo de entrega cuando comencé a escribir los míos: me refiero al poder oceánico y al estruendo que viaja a través de cualquiera de sus poemas: la sintaxis encantadora, la afirmación ilimitada. En esos años, la verdad era esquiva, como lo era mi propia fe en que podía reconocerla y contenerla. Whitman me mantuvo alejada de los pantanos de una incertidumbre peor, y viví muchas horas dentro del círculo iluminado de su certeza y su valentía. *¡Arranquen los*

cerrojos de las puertas! ¡Arranquen las puertas mismas de sus goznes! Y estaba la pasión que él infundió en los poemas. ¡La curiosidad metafísica! La ternura oracular con la que veía el mundo: su aspereza, sus diferencias, las estrellas, la araña, nada estaba fuera del alcance de sus intereses. Me deleité con la especificidad de sus palabras. Y con su fe, que seguramente mantuvo flotante mi espíritu, aunque ella no tenía un nombre del que yo hubiera oído hablar. ¿Crees que tengo algún intrincado propósito? Pues lo tengo, porque las lluvias de abril lo tienen, y la mica adherida al costado de la roca lo tiene.

Pero primero y antes que nada, aprendí de Whitman que el poema es un templo —o un campo verde—, un lugar para entrar y en el cual sentir. Solo de manera secundaria es algo intelectual —un artefacto, un momento de palabrería aparentemente robusta—, maravilloso como parte de lo que él es. Aprendí que el poema fue hecho no solo para existir, sino para hablar, para ser compañía. Era todo lo que se necesitaba, cuando todo se necesitaba. Recuerdo el camino delicado y arrugado hacia el bosque, y el peso de los libros en mi mochila. Recuerdo las horas perdidas y las divagaciones: los maravillosos días en los que, con Whitman, *metí la basta de mis pantalones en las botas y nos fuimos y la pasamos bien.*

FUENTE DEL ENSAYO ORIGINAL

Oliver, Mary (2016), «My friend Walt Whitman», en *Upstream*, Nueva York, Penguin Press, pp. 13-14.